

El 68 no es un recuerdo

Margarita Nolasco*

En 1968 salí a Europa después de participar en la marcha encabezada por el rector Javier Barros Sierra y, a mediados de septiembre, a mi regreso, me encontré una ciudad de México cambiada: pintas en las que abiertamente se insultaba al presidente; las universidades y escuelas superiores del país dedicadas a difundir la gravedad de los hechos¹ contra la UNAM, contra los estudiantes y contra el pueblo de México por el déspota presidente Díaz Ordaz. Poco después se conformó el Consejo Nacional de Huelga (CNH), en el que participaban los principales centros de educación superior del país. Pedían la libertad de los estudiantes presos, la indemnización a los familiares de los muertos en la destrucción de la puerta de la Preparatoria de la UNAM, la renuncia de los jefes policiacos y la derogación de los artículos del Código Penal que se referían a los delitos políticos.

El mismo 15 de septiembre asistí al “Grito” que dio Heberto Castillo en la UNAM y me uní a las manifestaciones de protesta contra la política represiva de Díaz Ordaz. La respuesta de este déspota consistió en

¹ Hay que recordar que todo empezó por la brutalidad policiaca al reprimir un pleito entre estudiantes de bachillerato de un plantel privado contra otro del Instituto Politécnico Nacional (IPN). Poco tiempo después, el 29 de julio en la noche, esto llevó al Ejército mexicano a destruir con un proyectil de bazuca la puerta principal de la entonces Escuela Nacional Preparatoria, planteles 1 y 2. Además de que se trata de un edificio colonial cargado de historia y siempre relacionado con la educación superior, propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), había sido mi amada *prepa*. Me dolió por todo: no respetaron un edificio que además de su belleza arquitectónica es parte de nuestro pasado; tampoco les importó que fuera de la UNAM ni tomaron en consideración las muchas generaciones de estudiantes que por ahí pasamos y que amábamos y amamos nuestro antiguo colegio. Una bazuca bastó para destruir la puerta y mancillar a la historia, a la UNAM y a sus miles de estudiantes y ex estudiantes, así como al pueblo de México.

que el 23 de septiembre se tomaron militarmente diferentes recintos universitarios –el IPN primero, luego la UNAM y después otros–. Hubo enfrentamiento entre estudiantes y jóvenes de la ciudad y las fuerzas armadas, además de otras manifestaciones de protesta. El 2 de octubre de 1968 se realizó un mitin en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco. Allí comienza mi visión de hasta dónde puede llegar la perversidad de un presidente.

Días antes había quedado con la doctora Mercedes Olivera de comer juntas ese 2 de octubre en su departamento del edificio Chihuahua, en Tlatelolco, situado en el cuarto piso; esto es, arriba del tercero, donde se ubicaba una terraza en la que estaban los líderes del CNH, algunos invitados que hablarían durante el mitin y diversos periodistas, casi todos extranjeros.² En efecto, recogí al más pequeño de mis hijos y a las dos hijas de Mercedes en la escuela, así como a una amiga de éstas, y me dirigí al edificio Chihuahua.

Al llegar a Tlatelolco vimos que estaba rodeado de tanques que apuntaban sus cañones hacia el centro de la plaza. Estos tanques se encontraban rodeados de militares. Pasé con los cinco niños entre soldados, tanques y cañones, y me dirigí al departamento de Meche. Al llamar a los elevadores para subir, éstos no respondieron; alguien nos dijo que no estaban funcionando, por lo que optamos por las escaleras. Al llegar al departamento Meche, me dijo que todo estaba bien, como siempre que había algún mitin, por lo que todos

² Eran corresponsales de periódicos extranjeros que habían venido con motivo de los Juegos Olímpicos que unos días después se realizarían en el país. Al llegar se encontraron con un pueblo alzado en la ciudad de México y decidieron aprovechar la ocasión para reportear el proceso.



Manifestación estudiantil, 13 de agosto de 1968

contentos nos sentamos a comer. Todo el tiempo los niños estaban asomados a las ventanas, viendo cómo se llenaba la plaza de gente, sin importarles el impresionante y amenazador cerco de tanques y soldados, y por supuesto pedían permiso para bajar a la plaza, el cual, como es obvio, les fue negado. Poco después me dijo Meche que saliéramos a comprar pan para la cena, porque después, con tanta gente y con el mitin ya empezado, nos sería difícil. Salimos con los cinco niños –que insistían en ir con nosotras–, nos dirigimos con ellos a la panadería y, al regresar, vieron un carrito que vendía helados y pidieron que les compráramos algo. Nos detuvimos, se le dio su helado a cada niño y ya con éste en la mano se fueron corriendo por las escaleras hacia el departamento. Nosotras, con bolsas de pan y helados en las manos, empezamos a pagar la compra y en eso estábamos cuando oímos algo que sonaba en el cielo. Al parecer era una señal luminosa arrojada, tal vez, desde la parte donde está la iglesia colonial de los franciscanos.

En ese momento vimos que se abrían los elevadores y salían unos individuos que llevaban un guante blanco, portaban pistolas en las manos y empezaban a disparar contra la muchedumbre. Corrimos hacia uno de los pilares cercanos a los elevadores y a las escaleras, donde esperamos mucho tiempo. Junto a nosotros

estaba una joven que llevaba un bote como alcancía y un abrigo negro y largo.

Estábamos muy preocupadas por los niños y varias veces hicimos el intento de llegar a las escaleras, pero ahí se hallaban tres o cuatro individuos con guante blanco que a cada intento nos amenazaban y nos impedían subir. En tanto, vimos a la gente correr hacia el edificio Chihuahua, donde estábamos nosotras, y oímos que les disparaban. Se retiraron entonces hacia la plaza, pero al poco rato volvieron. Desesperadas, nosotras les gritábamos que se alejaran, que desde el edificio Chihuahua estaban disparando, pero en el barullo de balas y gritos nadie nos escuchaba. Se retiraban, pero volvían una y otra vez.³

³ Más tarde me enteré de que la gente estaba acorralada. Desde el cerco de tanques y soldados, alrededor de la plaza, les disparaban, y cuando trataban de buscar refugio en el edificio Chihuahua también eran rechazados por las balas.

Aclaración de Sergio Ricardo Melesio Nolasco: Mi madre siempre se preguntó por qué los estudiantes que se retiraban al recibir los disparos por el lado del edificio Chihuahua, luego de un rato volvían a ese lugar mientras ellas gritaban que no lo hicieran. Parecía no entender la razón ni hallar una explicación lógica a esta conducta. No sé por qué, hasta un par de días antes de que ella comenzara a escribir este artículo nunca lo habíamos comentado. Entonces le dije que, debido a que ella veía los acontecimientos desde la misma plaza, desde abajo, no alcanzaba a distinguir lo que yo sí había visto desde el departamento de Meche, en el cuarto piso del edificio Chihuahua. La gente corría hacia el edificio porque los soldados les disparaban desde el lado contrario, por lo que trataban de



Manifestantes llegando al Zócalo, 27 de agosto de 1968

Empezamos a ver cuerpos caídos que quedaban solos o rodeados de amigos y parientes que intentaban llevárselos en los momentos en que se detenía la balacera. Fue una escena terrible que tanto los que estaban en la plaza como las tres observadoras detrás del pilar nunca olvidaremos.

En un momento en que paró el fuego le pedimos a uno de los hombres de guante blanco, colocados frente a las escaleras –al que nos parecía que mandaba–, que nos permitiera subir al cuarto piso, porque nuestros hijos se habían ido escaleras arriba y no sabíamos si estaban bien. Primero se negó y tuvimos que esperar repitiendo nuestra súplica cada vez que callaban las balas, hasta que Meche, ya desesperada, le dijo que de

escapar, pero entonces se encontraban con los policías y con los “guantes blancos”, quienes también les disparaban, por lo que otra vez corrían hacia el lado contrario y producían ese tétrico vaivén al que mi madre se refiere –aunque a mi parecer los soldados disparaban hacia el aire, y no veía que por ese lado cayeran al suelo los estudiantes, a diferencia de los costados, donde estaban los “guantes blancos” y los policías, quienes sí disparaban contra los estudiantes, los cuales caían al piso muertos o heridos–. De igual manera, en una discusión bizarra que se prolongó más de 20 años, siempre insistí en que la luz de bengala que dio inicio a la masacre había sido lanzada desde el helicóptero, no desde el campanario de la iglesia, como todos decían, y que en realidad fueron dos luces: primero una de color rojo y poco después una de color verde. Eventualmente, cuando el “Comité de la Verdad” publicó los primeros resultados de sus investigaciones sobre los hechos del 2 de octubre del ‘68, se supo que, en efecto, las luces habían salido desde el helicóptero.

todas maneras íbamos a subir y que si quería matarnos que nos mataran, pero que nuestros hijos estaban arriba. Al vernos tan decididas, ese hombre dio la orden a otros tres individuos de guante blanco de que subieran con nosotras. La joven del abrigo negro que se había refugiado a nuestro lado, detrás de los pilares, se nos unió y subimos lo más rápido que podíamos con el pan y el helado, ya todo derretido en las manos, pues simplemente no se nos ocurrió tirarlo y menos comerlo.

Al llegar al tercer piso, donde está la terraza en que estaban los líderes del CNH, se veía sangre en el piso, pero no pudimos detenernos a tratar de saber qué había ocurrido. Llegamos a la puerta del departamento de Meche y los individuos que iban con nosotros nos hicieron a un lado, nos dejaron pegadas a la pared y tocaron la puerta.

Abrió la muchacha de Meche, la empujaron brutalmente hacia dentro y entraron con sus armas listas. Al parecer...

[Las anteriores son las líneas que Margarita Nolasco escribió unas horas antes de morir. Su hijo menor, Sergio, quien estuvo con ella en esos trágicos momentos, reunió memoria, entereza y cariño para terminar, con las palabras que su madre habría empleado, el relato que el destino dejó incompleto.]

En este instante mi madre se sintió mal y decidió detenerse. Eran las 8:03 PM y me pidió que apagara la computadora. Se dirigió a su recámara y se recostó en su cama. A las 10 PM entré a su cuarto y se quejaba mucho de su estomago y de un muy fuerte dolor de cabeza. A las 10:30 PM mi padre y ella decidieron ir al hospital. Llegamos a emergencias. Ella bajó por su propio pie. En el servicio de urgencias se le controlaron sus molestias, pero una insuficiencia respiratoria, una tos pertinaz y un fuerte dolor en su costado derecho, más los resultados de los análisis realizados, hicieron que el doctor tomara la decisión de llevarla a arterioscopia. Era la 1:30 AM. En ese momento mi padre me indicó que me fuera a la casa y descansar, y que más tarde, hacia las nueve y media o diez de la mañana, regresara para quedarme con mi madre mientras él descansaba en casa. Esperé a que la prepararan, y cuando la llevaban hacia arterioscopia me despedí de ella. Se quejaba, pero le dije que no se preocupara, que en unos días estaría de regreso en casa, que yo le llevaría su laptop al hospital cuando saliera de terapia intensiva. Me respondió: "Ay, sí, carajo, aún tengo que terminar ese artículo", refiriéndose justo al presente texto. Fue la última vez que hablé con ella. A las 4:55 AM me llamó mi padre a la casa. La doctora Margarita Nolasco Armas había pasado a la inmortalidad.

[Al parecer] sospechaban de una emboscada o algún peligro generado por algún grupo terrorista o guerrillero. Con cautela, revisaron el departamento, y al no hallar nada sospechoso, nos advirtieron sobre el peligro existente, que no deberíamos salir, y se retiraron. Lo primero fue preguntar sobre los niños. La muchacha indicó que se encontraban en el baño, el cual, al localizarse en el centro del departamento, parecía el lugar más seguro. De inmediato fuimos hacia ellos. Y allí estaban, temblorosos, asustados, pero bien. Los abrazamos y tranquilizamos. Ahora lo más importante era mantenerlos a salvo, y teníamos que sacarlos de Tlatelolco a cualquier costo.

La joven del abrigo negro que habíamos rescatado y que venía con nosotros –una estudiante de la Universidad Iberoamericana– estaba pálida y sin hablar, pero pegada a nosotras. Recordamos que el bote de colectas que ella guardaba tenía propaganda pegada del CNH y se lo pedimos, a fin de quitársela y guardar el dinero en una bolsa, por si llegaban a revisar otra vez los de guante blanco, quienes al ver eso podrían cau-

sarnos problemas, que era lo que menos deseábamos. La joven protestó, diciendo que el bote era propiedad del CNH, pero muy serias se lo exigimos y le explicamos que el dinero sería puesto en una bolsa para que ella se lo diera al CNH, pero que lo importante era que no lo vieran así los policías ni los soldados, ni los del guante blanco, porque entonces no nos dejarían salir y tal vez estaríamos en un problema mayor. Ella accedió y se abrió el abrigo donde lo traía escondido. Pero al abrirlo, junto con el bote cayó también un bulto grande con volantes de propaganda en contra del gobierno y a favor del movimiento estudiantil. "¿Por qué no los tiraste cuando se inició la balacera?", fue la primera pregunta que se nos ocurrió. No contestó. También teníamos que deshacernos de eso a toda costa. Optamos por quemar la propaganda y tirar las cenizas por el escusado.

Corría el tiempo. De manera ocasional pasaban grupos de soldados, quienes tocaban a la puerta. Les gritábamos que por favor nos sacaran de allí, pero no nos hacían caso, hasta que pasaron unos preguntando si había heridos. Abrimos la puerta y vimos que eran de la Cruz Roja militar. Les insistimos que nos sacaran, que teníamos niños, que queríamos salir. Ante sus negativas, nosotras insistíamos más, hasta hacerlos sentir acorralados, y se compadecieron. Preparamos de prisa a los niños y salimos todos juntos, por detrás de este grupo militar. Meche y sus hijas y la pequeña amiga de éstas pegados a ella, yo con mi hijo menor y la joven.

Las escaleras se veían mojadas tanto por la lluvia como por la sangre, que provocaban que al caminar se sintiera el piso pegajoso. Salimos del edificio y al cruzar vimos grupos de soldados aventando como bultos los cuerpos de los estudiantes y personas fallecidas, todos envueltos en cobijas, dentro de los camiones militares. Vi que mi hijo pequeño se retrasaba y volteaba a ver hacia los camiones, por lo que lo jalé hacia mí y con la mano en su cara traté de evitar que mirara esa terrible acción. Pasamos por un primer cordón de tipo militar, donde nos preguntaron quiénes éramos y adónde íbamos. El militar que nos había sacado respondió con rapidez y nos dejaron pasar. Vino un segundo cordón, éste compuesto de granaderos y policías, quienes nos gritaban que no podíamos salir y que nos regresáramos. Sin embargo, el militar que nos acompañaba habló con un superior de ellos, quien les dio la indicación de que nos dejaran salir. Pasamos el cordón, el militar se quedó y nosotros nos dirigimos hacia la aveni-



En la Plaza de las Tres Culturas, 7 de septiembre de 1968

da Reforma, donde tomamos un taxi hacia mi casa. En el camino, Meche y yo le gritábamos a cuanto paseante veíamos que en Tlatelolco estaban matando a estudiantes, y a los voceadores callejeros que regresaran a sus periódicos y denunciaran los hechos, sin respuesta alguna.

Llegamos a la casa. Mi preocupación eran mis otros dos hijos. Por fortuna allí estaba mi hija mayor, pero no mi segundo hijo, Carlos. Llamamos por teléfono buscándolo en las casas de sus amigos y nos enteramos de que había asistido al mitin en la plaza de Tlatelolco. Desesperadas, contamos cuanto habíamos visto y le dije a mi esposo que teníamos que buscar a nuestro hijo, que teníamos que regresar. De inmediato mi marido y mi padre estuvieron listos y salimos para regresar a Tlatelolco a buscarlo, mientras poníamos toda nuestra esperanza en encontrarlo bien y a salvo.⁴ Aun entonces me era difícil pensar que el gobierno, déspota, re-

presor, intolerante y perverso como era, pudiera llegar a ese nivel, a cometer esos crímenes, esas barbaridades, todo por sostener un sistema corrupto y retrogrado, y por “mantener limpio” un evento internacional, paradójicamente dedicado a la paz y la armonía, como lo eran los Juegos Olímpicos, a inaugurarse 10 días después, el 12 de octubre de 1968.

Desde un par de días atrás mi madre y yo habíamos platicado sobre el tema. Recordábamos los hechos, me aclaró ciertas sospechas –como la sensación pegajosa del piso de las escaleras o los camiones donde los soldados aventaban bultos–, y sobre el sentido y contenido del artículo que estaba comenzando a escribir. Por esa razón me he dado la libertad de terminar este documento, respetando todo aquello que discutí con ella y únicamente aquellas partes en las cuales yo fui testigo, a su lado. Espero con esto concluir la que fue su última obra. Por su memoria, y con el cariño y respeto que siempre le he profesado.

Ciudad de México, septiembre de 2008
Sergio Ricardo Melesio Nolasco

⁴ Esa noche mi madre, mi padre y mi abuelo no lo encontraron en Tlatelolco ni en las delegaciones de la policía, ni en los hospitales ni en las clínicas donde lo buscaron. Mi hermano llegó después por sus propios medios. El relato de esta parte de la historia se encuentra compilado en *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska (México, Era, 1971).